

LOS CUADERNOS DE ORANYAN

LIBRO II

EL NEGRO

Y

EL JUDÍO

Juan M. Taveras

Auto Juan M. Taveras
Escrito: 2017
Edición: Copyright: 2017

ISBN-13: 978-1544150529

Todos los derechos reservados

Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo del titular del Copyright. Únicamente se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con mención del título del autor.

Dedicatoria

A mi esposa Altagracia, mis hijos: Jacqueline, Juan Manuel, Luis Leonardo y Miguel Ángel; a mis nietos: Yneska, Michel, Katherine, Juanito, Claudia, Juan Manuel, Luis Leonardo, Miranda Sofía, Lucas, Jacob, Vivian Claire, Miguel Ángel, Diana y Gía y a mis bisnietos: María Fernanda, Fernando José y Maximiliano. A todos les deseo suerte en la vida y firmeza para lograr lo que se propongan, porque nunca es tarde para empezar. A mis 80 años conservo la más grande de todas las fuerzas: LA VOLUNTAD.

Un muy especial agradecimiento a mis amigos Lic. Nouel de la Cruz Ibe y al Lic. Sócrates Martínez, así como a mi hijo, el Dr. Juan M. Taveras, a quienes agradezco profundamente su valiosa ayuda en la redacción, presentación y contenido de este libro.

TABLA DE CONTENIDO

- 16: EL SAN BENITO DE LOS JUDIOS: CHUPASANGRE
- 17.- LA GUERRA EN CIERNES
- 18. MIKOLAJ SE VA A VARSOVIA Y PASA LAS DE CAIN
- 19: EL SOPLO INCIERTO DE LOS VIENTOS
- 20: LA PRISIÓN DE PAWIAK
- 21: LA OPERACIÓN BARBARROJA Y EL GENERAL INVIERNO
- 22: EL GUETO DE VARSOVIA
- 23: EL MATADERO DE TREBLINKA
- 24: NATHAN MOCZARSKI
- 25: EL INFIERNO DE MAUTHAUSEN
- 26: LA GUERRA EN SU LABERINTO
- 27: REAPARECE NATHAN MOCZARSKI
- 28: EL ENCUENTRO
- 29: DE NUEVO EN LA CUERDA FLOJA

Anotación aclaratoria

Arnold J. Toynbee, escribió, en 28 años de ardua labor investigativa, su monumental obra “*A Study of History*”. En su intento de justificar algunas interpretaciones caprichosas de los hechos históricos, destacó la siguiente salvedad: “*La historia, como el drama y la novela, es hija de la mitología. Es una forma particular de comprensión y de expresión, donde —igual que en los cuentos de hadas de los niños y en los sueños propios de los adultos sofisticados— no está trazada la línea de demarcación entre lo real y lo imaginario. Se ha dicho, por ejemplo, de la Iliada, que el que emprende su lectura como relato histórico halla en seguida la ficción, y que aquel que, por el contrario, la lee como una leyenda, halla la historia. Desde este punto de vista, todos los libros de historia se parecen a la Iliada, ya que ninguno de ellos puede eliminar enteramente la ficción, ya que el simple hecho de escoger, separar y presentar los hechos, constituye una técnica que pertenece al dominio de esta...*”
Amparados en esa advertencia, continuamos.

REFRESCANDO LA MEMORIA (Viene del libro I)

15.- La carta de Ayana

Amadísima Tía Anastasia:

Llevo años intentando escribir esta carta y al fin hoy, 16 de junio de 1936, casi a las doce de la noche, he logrado terminarla, motivada, tal vez, por un aparente y significativo giro dado por la justicia de este país que, al parecer podría mejorar la suerte de los afroamericanos. Pero, sobre todo, por lo ocurrido recientemente a James en la mal llamada escuela integrada.

Empezaré por decirte, amadísima tía que, con motivo del cumpleaños de James, celebramos una fiestecita y fuimos honrados con la presencia de Moshe Ben Gurion, de su nieto Mikolaj Kandinsky, del buen pastor Stearns, de mi novio Carl y de otros amigos de la familia. Te confieso, sin embargo, que disfruté poco del encuentro. Me sentía algo triste porque James no parecía disfrutar para nada la celebración de su cumpleaños. Él se aisló en un rincón de nuestro pequeño hogar y no hubo manera de hacerlo participar.

¡Jame estaba lejano! Lucía arropado por sentimientos extraños que al parecer arrastra engurruñado en su alma solitaria. El muchacho se notaba taciturno y como lejos de este mundo. Daba la impresión de que, pese a su corta edad, tenía plena conciencia de todo cuanto pasaba a su alrededor y estaba

confundido con el extraño proceder de la Sociedad donde le ha tocado nacer. Medité sobre su mutismo y creo conocer el motivo de su silencio y entiendo que no le faltan razones. ¡Imagínate Tía, él fue uno de los primeros chicos en asistir a una “escuela integrada”!

¡Nunca podré olvidar los problemas que su presencia creó cuando asistió por primera vez a esta nueva escuela ni de su extraordinario y ejemplar comportamiento! Aquel primer día de clase todo pareció transcurrir con normalidad. Al segundo día, sin embargo, a mí, que todos me consideraban su madre, me llovieron las amenazas. Fueron tantas que lograron atemorizarme y hasta sacaron de sus cábeles al imperturbable Carl. Muchos de los mozuelos que me llamaron, se atrevieron a asegurarme que, si no sacaba al muchacho de clase, me lo iban a cortar en pedazos. Llamé repetidamente a la policía para informar de las terribles amenazas, pero no me hicieron caso: era un asunto de negros al que nadie presta atención.

— Tía, no te preocupes que yo no tengo miedo a esa horda de salvajes de piel blanca —dijo James, con el rostro alterado y los ojos tinto en sangre.

Conmovida por su comentario, le contesté:

— ¡Si tú no temes, yo tampoco!

Lo abracé tiernamente y le dije al oído:

—Bien, hijo mío, si estás dispuesto a luchar, te apoyaremos hasta la muerte.

Al día siguiente, cuando James volvió a la escuela, prácticamente todos los estudiantes, blancos en su totalidad, se colocaron en la puerta de entrada formando un cordón para impedir el paso a mi muchacho. El profesor vino. Cogió al niño de la mano y lo entró a clase bajo una lluvia de consignas obscenas que acusaban al profesor de “amante de negritos”.

James pasó todo ese largo día aislado en la escuela. Creo que, desde entonces, y entiendo sus razones, el muchacho es frecuentemente asaltado por pensamientos ruines al comprender que por mucho que estudie y aprenda, terminará de portero, de ascensorista, de chofer o de simple bestia de carga, a menos que no cambie el estado actual de persecución contra toda una raza castigada, con censurable dureza, sólo por tener oscura la piel.

Esos absurdos hechos, incomprensibles hasta para los adultos, crean en los niños negros, como en los niños pobres de todo el mundo, un estado de frustración anticipada que los lleva a considerar si no sería mejor irse de una vez y para siempre al mismísimo infierno, optando por la desobediencia civil y la delincuencia, antes que continuar viviendo sin esperanzas y en estado de perpetua humillación.

Con lo ocurrido en la “escuela integrada”, James vivió ese horripilante momento de confusión donde muchos jóvenes,

desilusionados con el marco social, toman el camino equivocado de la delincuencia. Esa recurrente frustración, amadísima tía, y otras enfermedades psíquicas nacidas de la sociedad misma, y que tan frecuentemente golpean a la juventud, sobre todo a la juventud pobre de todo el mundo, constituyen las causas originarias de la delincuencia, y de ellas debemos culpar únicamente a la sociedad.

¿Cuántos jóvenes habrá en el mundo que, como los negritos de Harlem, viven amargados e inconformes porque son víctima de la desigualdad y sienten que de alguna forma la sociedad les niega las oportunidades de consumir en paz la parte del pastel que en justicia les corresponde?

Estas reflexiones me recuerdan la tragicomedia de los afroamericanos que, en su condición de esclavos, nunca poseyeron nada: ni mujer, ni hijos, ni casa, ni nada porque todo lo que poseían podía serles arrebatado, en cualquier momento, por sus crueles amos o por el poderío blanco. La secuela de esta horrible maldad humana no solo sobrevive en nuestros genes y enciende, a cada paso, el odio contra nuestros verdugos, sino que continua oculto en la maleza de la sociedad para desagracia de gran parte de la especie humana. ¡Y no habrá paz en el mundo! ¡Lo puedo asegurar amadísima tía! ¡No habrá paz hasta que esos bochornosos residuos sociales sean erradicados para siempre!

Es vergonzoso admitir que, en estos tan alabados Estados Unidos de América, existe una desafortunada colisión entre lo que uno cree generalmente que es la sociedad norteamericana y la realidad de lo que esta sociedad verdaderamente representa. ¡Y no me refiero solo a lo económico! Esa consideración es siempre de apreciación relativa, volátil y cambiante; me refiero al campo social, donde subsisten desigualdades aberrantes, cuyos cambios resultan generalmente tan dilatados que se figuran eternos e incitan al hombre a perder la fe en los órganos sociales y hasta en los propios dioses como curadores de lo imposible. Frente a tanta injusticia y frente a la inaceptable desgracia de los negros me he preguntado infinidad de veces, con mi pecho sobrecargado de angustia y amargura:

— ¿Y dónde está Dios?

Y si acaso existe:

— ¿De qué lado está?

Es cierto que la crisis económica actual afecta tanto a negros como a blancos. Ahora bien: ¿debería servir la miseria de millones de blancos para consolarnos frente a la miseria generalizada de los negros? Esto, en todo caso, solo prueba la necesidad de revisar el modelo americano. El que millones de blancos vivan, en efecto, no mejor que los negros, no es un hecho que debemos mirar con complacencia ni con conformismo deformado. La bancarrota social y moral implícita

en este hecho, es de la especie más aterradora y amarga. La verdad es que todo el que ha luchado contra la pobreza sabe cuan enormemente caro es ser pobre. Lo cierto es que los pobres son miembros de la población económicamente cautiva, y que tal vez nunca lleguen a soltarse las cadenas de sus pies endémicamente enfermos por llagas incurables.

La diferencia entre un blanco bien comido y bien vestido y un negro hambriento y harapiento, igual que la diferencia entre la opulencia y la miseria incrustada en los barrios marginados de todo el mundo, es demasiada notoria para no ser advertida. Y esa diferencia, generalmente abismal, es almacenada en lo más recóndito de los sentimientos de los niños, sentimientos que llegan crudos a la sociedad, donde el niño crece lleno de odio y resentimiento.

Los negros que vivimos en Harlem sabemos que vivimos aquí porque los blancos no nos consideran dignos de vivir en ningún otro lugar. Somos una especie de remeros de las galeras romanas: “vivimos sólo para hacer andar el barco”. Ninguna dosis de mejoras puede endulzar este hecho. El odio a esta fortaleza de la pobreza, engendra mucha violencia y ese hecho parece dar razón a los que sostienen que la suerte de los negros es inmejorable. Y pienso, queridísima tía, que al menos en un punto los escépticos tienen razón: no hay nada que hacer mientras a los negros se les trate como a negros, como tampoco

hay nada que hacer mientras a los pobres se les trate como a pobres y discretamente se les margine por su condición.

Todo ese esquema maldito ha creado un odio irreductible. Y pocas cosas hay en el mundo tan enervantes como el odio y el desprecio acumulados silenciosamente en el corazón de todo un pueblo. En un estado como este, amadísimá tía, el día menos pensado a alguien se le caerá de la mano una cerrilla encendida y el barril de pólvora, cebado por mil años de pobreza y exclusión social, estallará en mil pedazos y polvorizará a todos. La injusticia es como el helio, ligera pero altamente inflamable.

En el fondo de todo esto, lo que ocurre es que los negros, como los pobres, queremos ser tratados como personas. Las injusticias constantes tienden a vaciar el corazón humano y cuanto más vacío esté el corazón del hombre más crímenes se cometerán. No te sorprendas si de este Harlem humillado y ofendido surge una nueva revolución reivindicadora en favor de los negros o, al menos, algún movimiento típicamente afroamericano que devuelva a esos millones de seres doblemente desgraciados por la pobreza y por la negritud, los derechos y la dignidad perdidos. ¡Nos están incitando a la rebelión y me temo que lo van a conseguir tía! ¡Los negros nos vamos a revelar! ¡Los pobres nos vamos a revelar! Y tal vez si, como Prometeo, logremos arrebatar el fuego de manos de los

dioses de la opulencia y la discriminación para darlo a los pobres y oprimidos.

Con frecuencia, amadísima tía, el hombre se vale de argumentos baladíes para rehuir los necesarios exámenes de conciencia que servirían para mejorar a la sociedad y al hombre mismo. Para entender los profundos sentimientos de odio que los negros de Harlem profesan a los blancos, es preciso ser negro y vivir en Harlem. Estoy segura que, en un futuro no lejano, todo esto cambiará. Naturalmente, no dejo de reconocer que el futuro es como el cielo: todo el mundo lo exalta, pero nadie quiere trasladarse hasta allí para comprobar sus virtudes. ¿Desean las personas, sean negros, blancos o pobres, volverse peores de lo que son? De ninguna manera. Al contrario, las personas realmente desean volverse mejores. Pero, muy a menudo, no saben cómo, a más de que la sociedad suele obstruirles el camino.

Si examinamos los mitos acerca del negro que han proliferado en este país y en todo mundo, descubriremos, debajo de esos mitos, una especie de dormido terror a alguna condición de vida que nos negamos a imaginar. El mito que nos aplasta y denigra vive enroscado, como una serpiente venenosa, en la psiquis del negro ¿O no es acaso un mito el que lleva a la gente a percibir que el alma buena es blanca y la mala negra? ¿Qué Dios es blanco y el diablo negro? Para mayor desgracia nuestra, los

pintores siempre pintan angelitos blancos, jamás los pintan negro; la luz es la antorcha del blanco; la tiniebla es la cobija de los negros. Todo eso sumado, resume la herencia mitológica que pesa sobre los negros y que tan frecuentemente nubla el entendimiento de nuestra raza y nos hace vernos a nosotros mismos como algo no humano.

Hay otro asunto al que atribuyo particular interés: en mi trato con los negros de Harlem, noto un empeño exagerado de los afroamericanos por lograr una identidad cultural, como si tal cosa tuviera importancia. Entiendo, amadísima tía, que no hay manera de impedir que la cultura más fuerte aplaste irremisiblemente a la más débil, especialmente en un mundo donde cultura y distancia cuentan cada vez menos y las culturas más débiles no tienen medios para protegerse. Además, la historia de la humanidad no tiene que desmentirse para dar la razón a los negros ni a ninguna cultura que pretenda mantenerse ajena a la realidad de un mundo gobernado por los cambios. Nada permanece. Todo cambia. El cambio es la única ley verdadera. Y en un mundo regido por los cambios, he aquí que los negros sueñan con la supervivencia de una cultura africana. Y a mí me parece que este sueño constituye una utopía inalcanzable; un verdadero absurdo cultural. ¿Por qué? Pongamos por caso el asunto dominicano, donde los colonizadores españoles acabaron, en pocos años, con la

población nativa, con su idioma, con su religión y con toda su vida física. ¿Cómo podría sobrevivir y para qué una cultura indígena de cuya estirpe ya no quedan representantes?

El asunto de la cultura tiene que ser visto como algo dinámico. Y es el propio dinamismo el enemigo principal de la cultura estática a que aspiran los ilusionistas que, en su afán de complicar el problema racial, intentan regresar a un pasado que ya no tiene regreso. Es como pretender la resurrección de los muertos.

El sueño de Marcus Garvey, el jamaicano que, vestido como mariscal de Napoleón, reunía multitudes en Harlem bajo la promesa de regresar a los negros a su tierra africana, fue y será siempre un sueño fallido, porque la lucha de los afrodescendientes es aquí, en América, donde tiene lugar. No en África. Los negros que viven en Harlem y en todo Estados Unidos, deben comprender y están obligados a aceptar que son americanos, no africanos. Tienen que aceptar que viven en este país no en ningún país de África. Y tienen que librar su batalla como hombres, no como negros ni como esclavos, y la tienen que librar como americanos, no como africanos.

Creo que los negros de Harlem, como muchos pueblos del mundo, carecen no solamente de identidad, sino también de propósitos. La discriminación ciega a los negros. Creen que tan pronto ésta deje de existir —lo cual sin duda ocurrirá en las

próximas décadas— todos ellos vivirán felices y contentos. Olvidan que son pobres y que las cadenas de la pobreza son más fuertes que las de la negritud. Tal vez resulte útil recordarles que cuando los negreros cristianos, al igual que los conquistarles españoles en el caso nuestro, llegaron a nuestras tierras disfrazados de oveja y cargados de ilusorias promesas, tenían la biblia en la mano y el nativo las tierras. Al poco tiempo, era el nativo, quien tenía la biblia y el cristiano las tierras.

Durante el corto tiempo que llevo viviendo en Harlem, he visto tanta gente debatiéndose colgada de los anzuelos de la religión, que nada me asombra. Algunos, una minoría, son fanáticos de alguna iglesia o miembros activos de la más extremista de las sectas protestantes. Algunos otros son musulmanes, por afiliación o por simpatía, lo que indica que no les une ninguna otra cosa más que el odio hacia el mundo blanco y sus obras. A veces el odio ayuda a vivir, pero casi siempre resulta una aberración peligrosa que distrae y anula el entendimiento.

Para terminar, deseo asegurarte que ahora entiendo mejor el drama dominicano, porque nosotros, al igual que los negros de Harlem, vivimos como sonámbulos, tentando en la sombra en procura de encontrar a alguien que nos libre de nuestros eternos males, sin percatarnos de que somos nosotros mismos los que debemos labrar nuestro destino.

Tengo mucho más que decirte, pero será después. Por ahora me despido con un fuerte abrazo. Recuerdos a todos.

Hasta pronto, amadísima tía y que Dios te bendiga.

Ayana Trinidad.

Harlem, New York, USA,

Junio 16 de 1936.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

